

EL DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y LA INVESTIGACION HISTORICA EN EL PAIS

HERMES TOVAR PINZÓN

Director Académico

Post-grado de Historia

El Programa de Magister en Historia que inicia la Universidad Nacional de Colombia constituye el fin de una tradición en la pedagogía de la enseñanza de la Historia en Colombia y abre al mismo tiempo las perspectivas de su profesionalización definitiva.

La apertura de un programa de Post-Grado en un área del conocimiento tradicionalmente entregado a grupos interesados en hacer de él, el refugio de su propio egoísmo, de su propio sentimiento exclusivista no podía desarrollarse en la Universidad del Estado sino como parte de un esfuerzo colectivo que durante 20 años se ha venido forjando en la Facultad de Ciencias Humanas, eje del debate de los más contradictorios sentimientos que la sociedad colombiana y latinoamericana ha visto crecer después de 1959. Reducida al plano de los acontecimientos heroicos, de las exaltaciones guerreras, de las biografías acrílicas y militantes que abrieron el paso a intrascendentes formas de explicar nuestros procesos históricos donde la sociedad no era más que el agente pasivo de las glorias de gamonales, héroes, líderes y presidentes inocuos, la historia fue una de las armas preferidas de las clases dominantes para neutralizar la generación de una conciencia histórica colectiva.

Hubo quienes reflexionaron sobre nuestras coyunturas en un afán de describir las abigarradas formas de nuestra cultura material pero, al final, en las evaluaciones, en los análisis premiaban los esfuerzos de los grupos civilizatorios de nuestra sociedad que a través del poder y la fuerza engendraron un modo político que excluyó las formas colectivas de participación. Las castas, las razas, o las clases eran solo amorfas estructuras justificadoras del orden colonial, del orden liberal o del orden de nuestras presentes democracias que en su lógica siguen debatiendo la esperanza de que "es preferible la guerra civil a nuestro actual estado", como lo proclamara el General Santander, en el curso de los debates de la convención de Ocaña.

En esta tradición de contar la historia que hacía tabula rasa de las brutalidades y los excesos que desbordaban las relaciones de clases, otros esfuerzos siguieron los caminos del discurso al servicio de causas partidarias pretendiendo arrastrar en la dinámica de su retórica a ingenuos radicales que, hicieron de las colectividades espúreas masas en donde el héroe se dividía en mil partes, el demagogo en gritos reivindicatorios y, el presidente reformista en movilizador de pancartas signadas de afanes e incoformidades nunca acabadas. La historia de las viejas biografías se volvió historia de multitudes irreconocibles y aunque todo el análisis parecía cambiar, nada cambiaba en la práctica del análisis. El Pueblo héroe, el pueblo hecho biografía, el pueblo individualizado en un mundo mentiroso de virtudes, nació en la deformación de éstos practicantes de nuestra historia nacional que, al final, terminarían como corifeos de nuestras clases dominantes.

La universidad recogió toda esta tradición. No desesperó en sus compromisos con el rigor científico. No se dejó llevar por el ruido de las manifestaciones sino que siguió convencida de la soledad del trabajo intelectual y no ahorró esfuerzos para que durante 20 años se fueran amasando otras virtudes, se fuera recogiendo en ese largo camino, a fatigados empresarios de la construcción histórica, ansiosos de poder acumular armas defensivas y ofensivas contra toda una tradición positivista y seudomarxista.

Es este el esfuerzo realizado por el Departamento de Historia que sintetiza en parte los grandes cambios que ha sufrido el estudio de la historia en nuestro país y de los cuales ha sido parcialmente promotor. Si bien es cierto que no ha habido la cimentación esperada, no es menos cierto que los esfuerzos realizados nos han invitado a salir de nuestros refugios para compartir con jóvenes trabajadores de la cultura de nuestro país, las experiencias acumuladas, recoger los vicios que sobreviven de aquella vieja tradición e iniciar la marcha hacia la reconstrucción de pasajes más sólidos para el futuro de nuestra ciencia. El departamento de historia ha querido ampliar la vanguardia de sus

preocupaciones y en nuestra incipiente ladera de trabajadores de archivos, documentos y teorías queremos discutir las bases de la nueva colonización que se abre sobre los inmensos valles de nuestros problemas nacionales.

En síntesis, he aquí lo que tenemos para cruzar la frontera, para ir un poco más allá en nuestros esfuerzos y para fundar nuestras propias expectativas:

- a. *La Historia Prehispánica*: El departamento ha tenido el atrevimiento de irrumpir en las grandes preocupaciones que sobre la historia prehispánica se desarrollan en países como México y Perú, en respuesta a los grandes debates teóricos sobre las formaciones pre-capitalistas y, más concretamente, sobre lo que Marx denominó Sociedades Asiáticas de producción. No solo se ha invitado a recurrir a fuentes no convencionales para el tratamiento de nuestras formaciones sociales prehispánicas sino que la necesaria aproximación a la arqueología y a la antropología ha devenido en una convincente preocupación, ante el avance de la investigación sobre los recursos económicos, sobre la fuerza de trabajo y sobre los sistemas de intercambio y reciprocidad que caracterizan a estas sociedades comunitarias. Existen pues los gérmenes de una preocupación que, a pesar de su trascendencia para la comprensión de los fenómenos contemporáneos de nuestra sociedad latinoamericana, pasa desapercibida entre los aspirantes a convertirse en trabajadores de la historia.
- b. *La Historia Colonial*: Pero la historia prehispánica a pesar de girar sobre una lógica muy particular, se impone como conocimiento necesario y fundamental para quienes están interesados en las teorías de las transiciones y en la explicación rigurosa del cambio que sufren las sociedades comunitarias por la fuerza del poder colonial. Es un reto a la dialéctica y en consecuencia a la imaginación y al razonamiento, como a la capacidad de comprender estructuras que se debaten en procesos de destrucción — reconstrucción de múltiples variables socio-históricas. El departamento de historia no ha sido ajeno, al estudio de los traumas que se operan en nuestra sociedad desde el siglo XVI, ni a la multiplicidad de cambios que aporta la economía, la política y la cultura. El departamento de historia de la Universidad Nacional retomó el debate sobre la Demografía Histórica que se había desarrollado en los Estados Unidos y en Europa desde los años 40, pero que se intensificaría en los años 50 y 60 con los asombrosos resultados que iba presentando la Escuela de Berkeley y la Escuela de Henry en Francia. Precisamente, en los años 60, Jaime Jaramillo Uribe terció en la discusión alineado al lado de tendencias moderadas sobre el llamado desastre demográfico del siglo XVI. Pero sería a fines de esa década y a comienzos del 70 cuando se anunciaría las posibilidades y las potencialidades de co-

nocer las estructuras de nuestra población. Los estudios sobre la Nueva Granada corroboraban las tendencias de la destrucción indígena que habían sido demostradas para México, Perú, Chile y las Antillas. Es verdad que muchos de esos esfuerzos que se anunciaron como vitales en la comprensión de nuestros fenómenos históricos entraron en una fase de reposo, pero justo es decirlo, en ello tuvo su razón de ser, nuestro desorden universitario y el clima de desconfianza que creó la Universidad en los años fatídicos del clientelismo y la mediocridad. Sabemos que no se trata ahora de insistir sobre figuras estadísticas sino de combinar los movimientos de una curva con variables explicativas de la cultura, de la sociedad y de la política. La abundancia de recursos documentales que se proyectan al siglo XIX hacen de este problema una de las tareas más importantes de nuestras futuras investigaciones.

Otros colegas entendieron la importancia del aparato fiscal, la validez que tiene para la sociedad colonial el sistema de tributos, las alcabalas y los estancos. Se han abierto brechas en esta dirección tratando de ganar espacios explicativos para nuestros movimientos insurreccionales que han sido como la langosta, plaga circular, que recorre la geografía de nuestra sociedad. También, mientras todos los demagogos del agrarismo buscaban ganar méritos con discursos periodísticos sobre la desigual distribución de la tierra en Colombia, el departamento de Historia encontró que este problema no había recibido mayor atención y se ha lanzado a la tarea de contribuir a la explicación de la formación de nuestras grandes haciendas y latifundios en los siglos XVIII y XIX para acercarse al conocimiento del carácter desigual y combinado de nuestro mundo presente. Pero como la tierra y la población, que necesitan aún el esfuerzo de múltiples investigadores, otros temas como la técnica y la tecnología, la esclavitud, el comercio, la minería y el estado, para solo hacer referencias a aspectos económicos y políticos que están en la mente de muchos de nuestros colegas.

- c. *La Historia Republicana y la Historia del Siglo XX*: Pero si bien es cierto que la formación colonial ha sido un objeto de preocupaciones y debates en foros de diverso género, con menos intensidad el departamento se ha comprometido con el siglo XIX. Es necesario reconocer sin embargo que los años que precedieron a 1850, se están rescatando del foro de las academias para ganarlos como novedosas explicaciones de nuestra historia regional. Los problemas de las guerras civiles y las implicaciones sobre la estructura mental y económica es estimulada con ahinco y se lucha por incorporar a aquellos avezados historiadores que han desarrollado trabajos singulares de investigación sobre nuestra economía y nuestra sociedad en la segunda mitad del siglo XIX.

Tal vez uno de los avances y logros más importantes del esfuerzo colectivo que realiza el departamento de historia es el haber ganado el tiempo del siglo XX. Y, dentro de él, los tiempos presentes como objetos viables de reflexión histórica. La tradición que había hecho del pasado un ideal de los historiadores colombianos, se ha visto resquebrajada por el esfuerzo de nuestros colegas que ven en la sociedad contemporánea la posibilidad de ganar para la historia temáticas maltratadas u olvidadas en los corrientes análisis de la economía o la sociología.

Primero fueron los movimientos campesinos de los años 20 y 30 que, como antecedentes fundamentales de la violencia en Colombia fueron incorporados como variable explicativa de la crisis nacional de los años 50. Pero la angustiada situación del campesinado envuelto en el remolino de la violencia hizo avanzar los estudios a las formas más complejas de la organización social y política que se derivaron de aquellas primeras luchas agrarias. Los bandidos y su relación con las condiciones de la economía y la política de su tiempo, han empezado a mostrar la complejidad de su rostro en un esfuerzo de investigación que desdibuja viejos conceptos de masa para ingresar a ella, conocer a sus actores y dibujarlos sobre el perfil del tiempo y las circunstancias que los definen como elementos centrales de esa compleja sociedad de clases y grupos que caracteriza a nuestros tiempos.

Pero indudablemente si el departamento de historia renueva las variables explicativas de las luchas campesinas, no es menos fundamental el esfuerzo y la lección de quien encuentra en la ciudad otros rostros cabalgando sobre escenarios conflictivos de reivindicación social. Los conflictos urbanos, los movimientos cívicos que están sobre nuestra pupila, que crecen entre nuestra propia desazón, se convierten en desafíos a la investigación en el contexto de nuestro desequilibrado desarrollo urbano, y, en nuestra cada vez más aguda lucha de clases. También aquí, como en el campo no se trata del simple estudio sindicalista, sino del esfuerzo por reconocer los rostros de los agentes oprimidos de la sociedad que en un momento determinado asume, la responsabilidad de hacer cambiar los ritmos de la historia. Se avanza de la historia sindical, constitucional, a la historia de los sindicalizados con la totalidad de su medio.

Pero uno y otro esfuerzo que colocan a nuestro departamento en la vanguardia de las preocupaciones de la historia social se ve enriquecida aún más por los estudios sobre otras coyunturas, otros acontecimientos que tradicionalmente han sido reducidos a extáticas formas de acción social y política. Nuevamente la crítica a la historia factual de un 9 de abril, se abre, irrumpe sobre el espacio nacional y

se llena de dinamismo, generando corrientes vitales de investigación histórica. Finalmente, el departamento no agota sus preocupaciones en torno a nuestra agitada vida contemporánea y se lanza a comprender la función económica del estado, a principios de siglo de tal manera que pueda ofrecer apoyos explicativos a la economía y a la política.

Son estas temáticas esbozadas aquí a grandes rasgos las que sintetizan el esfuerzo del Departamento de Historia de la Universidad Nacional en los últimos 20 años. Es indudable que él no ha estado reducido a la Historia de Colombia sino a la Historia de la América Latina, de Europa y de la Historia del Arte. Venciendo los límites de las fuentes, y los obstáculos más pesimistas sobre la posibilidad de realizar aportes originales sobre la historia de otros países o, recurriendo a la síntesis bibliográfica, nuestros profesores no han renunciado a crear las bases de un trabajo que habrá de dar grandes frutos en el futuro.

Pero este trabajo no hubiera podido consolidarse de no haber sido por el reto que, a nivel nacional, ha tenido que afrontar la disciplina de la historia. Se ha querido responder con seriedad a las balbucientes preguntas de espíritus radicalizados por las inexplicables condiciones de nuestra dependencia y nuestro atraso. Se ha querido responder a la demanda de una conciencia crítica y comprometida con los avatares de un mundo en guerra. En fin se ha respondido a las preguntas de la región, consolidando la validez, de la presencia nacional en ella, la potencialidad de la explicación de lo nacional como síntesis de historias regionales. Conscientes pues de que los balances eran favorables para la cimentación de unos estudios de graduados, el departamento, aspira ampliar el espectro de la investigación histórica no solo a nivel de las regiones geográficas sino al de las del conocimiento en general. Con la colaboración de las futuras generaciones habremos de consolidar esta frontera y poder iniciar una nueva etapa superior que nos ubicará en los umbrales de la construcción de una ciencia histórica en Colombia. Entonces este esfuerzo de hoy será sólido pasado a las ambiciones del futuro.